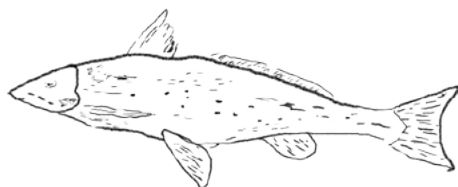


Relatos  
del país del  
Orinoco



Pedro René Eslava

Primera edición, 2016  
Eslava Mocha, Pedro René  
Relatos del país del Orinoco / Pedro René Eslava Mocha.  
Villavicencio: Editorial Unillanos, 2016

p. 145, il. (21 X 14 cm.)

ISBN: 978-958-8924-13-8

1. Relatos Personales – Historia – Orinoco (Colombia).
2. Orinoco (Colombia) – Descripciones y Viajes 3. Viajes y Cuentos – Orinoco (Colombia). I. Título

CDD 808.8 ed. 21

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad de los Llanos

© Pedro René Eslava Mocha  
© María Mercedes Bastidas Naranjo  
© Universidad de los Llanos

Distribución mundial

Incluye postales.

Diseño de cubierta y diagramación: Natalia Rojas Castro  
Fotografía de cubierta: Pedro René Eslava Mocha  
Imágenes de tiro de postales: María Mercedes Bastidas Naranjo

Editorial Unillanos, 2014  
Kilómetro 12 vía Puerto López, vereda Barcelona  
Email: [editorialunillanos@unillanos.edu.co](mailto:editorialunillanos@unillanos.edu.co)  
[www.editorial.unillanos.edu.co](http://www.editorial.unillanos.edu.co)  
Villavicencio, Meta

Impresión  
Editorial Kimpres  
Calle 19 Sur No. 69C-17  
[www.kimpres.com](http://www.kimpres.com)  
Bogotá D.C.

Descargo de responsabilidad: la información contenida en este libro es producto del autor y por consiguiente no compromete la posición de la Universidad de los Llanos.  
Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier medio, formato o propósito, sin la autorización escrita de la Editorial Unillanos.

## *Agradecimientos*

**E**l autor expresa sinceros agradecimientos a:  
A la Universidad de los Llanos, surco en donde aún se pueden plantar algunas semillas cimarronas.

A la Fundación Cisneros, Caracas - Venezuela, que me obsequiaron bellos libros sobre la vida y obra, así como sobre el viaje de Auguste Morisot al Orinoco 1886 - 1987.

A la Fundación Orinoquía y a la Familia Novoa Serna de Puerto Carreño, y a los paisanos vichadenses que me ayudaron a pescar palabras sumergidas en algún rebalse ribereño.

A los compañeros de travesía, escritores Carlos Pachón (Q.E.P.D.), Nayib Camacho y Otto Gerardo Salazar. Colegas que me retaron a pasar de los versos a los relatos; a intentar otras formas de perfilar horizontes o de “zurcir” recuerdos.

A mi familia, hermanos e hijos. Camila y Andrés, y especialmente a mi primer revisor-corrector Pedro Juan Eslava Torres quien me surtió del ánimo requerido para ventilar asuntos dolorosos.

A todos los Orinoquenses a quienes estos Relatos les pertenecen desde siempre.

*P. R. Eslava*

## *Comentario al lector*

*El narrador es el hombre que permite que las suaves llamas de su narración consuman por completo la mecha de su vida.*

Walter Benjamin

**M**e temo que he acompañado mucho, tal vez demasiado, estos *Relatos del país del Orinoco*, como para no tener una conexión filial tan grande con ellos como con su autor. Es para mí grato compartir que fui el primer lector de estas historias, el primero en hacer comentarios, críticas de todo aquello que se me antojó. Tuve el placer de contar con el aval del escritor para enderezar ciertas líneas. En mi intento por “mejorar” la calidad del texto pensé y aconsejé posibilidades estilísticas, relaciones con literatura mundial y todo cuanto pude en concordancia con teorías literarias de las que los lingüistas o, incluso, nosotros los filólogos somos tan devotos cuando no entendemos la obra como un todo; teorías que no son más que eso, teorías, y no leyes en mármol inamovibles que deben regir como por mandato de dioses cada texto sobre la faz de la tierra. Muy a pesar de mis desvíos literarios, el escritor siguió firme en su camino, digamos “su estilo”; y caminando pausadamente como acostumbra, continuó con la convicción de que lo estaba contando era, a sus ojos, la mejor forma de contar “el todo” de esas historias que no le dejaron dormir por tanto tiempo. Tras discurrir días en la lectura de sus relatos, terminó convenciéndome. Aun así, temores empezaron a surgir en mi interior debido a que vivo inmerso en un mundo de letras y que permanentemente entra en diferencias con los “teóricos” que yo llamo “metodistas”, desconfío de su “orden”, de su forma de distinguir algo que está “bien escrito” de algo que no lo está. Por ello me di a la tarea de escribir estas palabras a las personas que están por empezar

el viaje al país narrado por el autor. Para aquellos que caminen pausadamente todo será claro y diáfano. Se me hace, no obstante, necesario brindar algunas indicaciones para aquellos que tienen prisa.

Ficción y realidad se mezclan en nuestros sueños y en nuestros recuerdos. La literatura brinda la oportunidad de re-escribir un pasado como nos hubiese gustado que ocurriese, como hubiéramos preferido; nos permite pronunciar las palabras que en aquel momento no tuvimos la oportunidad de decir, nos da la valentía de gritarle al mundo aquello que quisimos en ese instante pero no pudimos. Las personas que desconfíen de la veracidad en las historias de este libro estarán en su derecho: no están leyendo una biografía o una crónica, aunque por momentos tengan la idea de que así sea; no estarán leyendo una historia totalmente inventada, a pesar de que así lo pueda parecer; no estarán frente a verso o llana prosa, a pesar de que las líneas que pasen frente a sus ojos muchas veces no dejen ver diferencias acartonadas entre ellas. ¿Podrán los expertos críticos culpar al escritor por dar más importancia a su mensaje que a su forma, a la historia que a su género? Pueden y lo harán.

Si bien se pueden encontrar en un mapa aquellos lugares de los que habla el autor, el lector no debe olvidar que está leyendo “relatos”: mundos contruidos con letras. ¿Quién no ha sido aquel lector que con éxito ha alcanzado a fugarse de su cotidianidad para sumergirse en los mundos paralelos de un libro o aquel que se ha enamorado de un personaje que solo existe en la ficción del arte, ¿Quién no ha suspirado tras símbolos que hacen evidentes sus emociones compartidas con seres de otros tiempos, de otros lugares, de otros sueños?, ¿quién?

Tal vez quisiera que vieran con sus ojos una realidad esquiva y perdida que navega por las aguas de un río tan real

como mágico. ¿Quién quisiera la fotografía, el cuadro o la historia en vez de la vivencia inmediata real y fascinante; la diapositiva o la presentación de imágenes comerciales ajustadas por diseñadores como si el mundo no fuera suficientemente bello por sí solo?, ¿acaso habría quien prefiera la insípida radiografía a la calurosa verdad?

Así pues, la tarea del escritor ha consistido en navegar en el espacio y en el tiempo, incluso a los parajes que solo persisten en sus sueños, para pescar imágenes y vivencias que luego, encapsuladas con letras en pequeñas semillas, serían distribuidas y sembradas en estos relatos. De este modo, con el tiempo, como pasa con cualquier semilla, bajo las condiciones adecuadas de abrigo, nutrientes, y buenas intenciones, podrá germinar naturalmente en las mentes de sus apreciados lectores.

La tarea no ha sido fácil, esperemos que las condiciones sean las ideales y que una primavera selvática se extienda indefinidamente por el espacio inefable de los símbolos, ficciones y realidades que se arraigan en la vida de aquellos que disfrutamos de los libros. Muy a pesar de que la semilla carga toda la información genética de quien la ha creado, esta es un ser independiente, que siempre puede lograr una variación, una nueva versión diferente a la original. Los *Relatos del país del Orinoco* son precisamente eso, no pertenecen del todo a mi padre, sino a todos aquellos que recorrieron y compartieron de su existencia. Con el pasar de los días, he llegado a la conclusión de que el verdadero narrador de la historia es el mismo país del Orinoco: un ente vivo, que ha usado como medio a mi padre, su lengua, sus ideas, sus recuerdos, para así hacerse percibir del mundo al que pertenece; una entidad más grande que grita su existencia. La romántica idea de Humboldt, Morisot y otros tantos que se enamoraron de estas tierras, y sucumbieron bajo el hechizo poderoso de estos parajes; de los

llaneros, de los indígenas, de las historias que hacen más parte del tiempo que de las gentes, y sucumbieron bajo el hechizo poderoso de estos parajes.

Estimado lector: mis palabras son una invitación, una invitación a que sea ese que de niño, con emoción, sorpresa y maravilla escuchaba a sus padres, abuelos o ancianos sabios ancestrales contando las maravillas de su pasado; lector, disfrute las historias, disfrute el paisaje que amablemente y sin pretensión alguna el escritor dispone frente a sus ojos. La escritura como la pintura o la música puede ser disfrutada con solo compartir en un pequeño espacio de su grata compañía.

Otro punto queda en el tintero: ¿a quién va dirigido este libro, quiénes son sus lectores ideales? La respuesta: a todo aquel que quiera escapar de su realidad por un instante. Sin importar si conoce o no del Llano o del Orinoco, sin importar su edad, su género, mientras pueda compartir fantasías y disfrutar la lectura, todos, todos sin distinción son bienvenidos. Los invito a que nos sumerjamos en los vericuetos semánticos de Pedro René, en sus sueños e ilusiones, en sus ficciones y realidades. Sus letras nos darán cuenta de ese paisaje fantástico que él llama “recuerdos”, nos confesará sus miedos y placeres, encontraremos el ser más allá del magíster, del investigador, del poeta, del padre, del amigo. Se confesará con el papel, se confesará con nosotros. Un nuevo mundo aparece frente a nuestros ojos tras ríos de signos: un mundo elemental y sorprendente, de sabanas, selvas e islas, de todos y nada, un mundo como ningún otro. ¡Y no le tememos!

*Pedro Juan Eslava Torres*

Lic. Filología e Idiomas



*Bocados de mapuro*



*Calenturas de oro*



*Los cuentos de Calderón*

*-El de la otra barca-*



*El anfibio*



*Memorias compartidas:*

*El niño, la canoa y el manatí*



*La otra cara de Mister Hermann*



*Memorias de fuego*



*El misiú que pintó el Orinoco*



Bocados  
de  
mapuro



— ¡Oiga compa!, si hay un bicho del agua al que yo le tenga bronca, es al mapuro —dijo el negro con cara de convencido, mientras apuraba un cafecito cerrero a orillas del Orinoco.

—¿Al mapuro?, ¿cuál mapuro? —le replicó—. Yo he sabido de un animal que llaman mapuro, pero es terrestre: el *Mephitis suffocans* es su nombre científico, es como una comadreja o una mofeta, como el zorrillo que huele a feo.

—No qué va; ya se le salió el doctor. Le estoy mentando es al mapuro, el pescao, el mapurite mejor dicho, el bagrecito descarnador que se parece a un chorroco.

—A un nicuro, querrás decir.

—Sí, pero no tiene puyas ni arriba ni por los costaos, tiene la barriga blanca y es algo pepiao; tiene unas pintas oscuras en los lados del cuerpo y unas aletas que le hacen dar la impresión de bicho volador; tiene unos bigotones largos y ojitos maliciosos, chiquitos, y la boca llena de denticos como lijas pa lijar metal; finitíticas, pero talladoras...

—Ya lo recuerdo, los ictiólogos le han nombrado *Calophysus macropterus*, por las aletas que tanto te llaman la atención: macro, grande, y pterus, alas, como si fuesen alas grandes.

—No joda, de nuevo los doctores enredando con esas palabras raras pa nombrar bichos sencillos, qué nombre tan aparatoso le ponen a un bagre tan simple.

—¿Y cómo sabe usted tanto de esos animales, acaso los ha estudiado?

—¡Qué los voy a andar estudiando! Es como que me persiguen... En estos ríos me los encuentro a cada rato, cuando pesco con guaral, cuando pesco con mallas, cuando pesco con trampas; son como los chulos del agua. En el Orinoco de Venezuela, de aquí pa abajo, los llaman “zamuritos”, no es sino que se ahogue un pescao en una malla y si usted no está pendiente, ahí están, dándole muela hasta que lo dejan en los meros huesos o en las mismas espinas, mejor dicho.

—¿Cómo los caribes, o las pirañas?

—No, que va, yo creo que esos son más atacaos que los caribes que solo le echan muela a los animales heridos que sangran y patalean, estos se comen a los muertos y, a los que les dan “papaya”, vivos también...

—Son de hábito omnívoro. Serían buenos para un cultivo. De pronto algunos profesores de la universidad en Villavicencio ya lo estén intentando.

— ¡Qué va!, lo dicho, eso es como criar un poco de chulos... ¡No joda! ¿No ha oído acaso la chanza de los pescadores sobre el mapurito, el comemuerto, que el que come mapurito puede estarse comiendo algún pariente difunto... ¡ánimas benditas! —Y se persigna a una velocidad inverosímil, por tres ocasiones—. Una vez, estando yo en el Caquetá de pesca con un muchacho de esa región, pesqué un mapurito. Lo tiré dentro de la canoa y el animalito empezó a colear, cuando de repente vi que el muchacho empezó a darle patadas como en un ataque de rabia mientras decía “simis hijueputas”, y lo pisoteó hasta aplastarle la cabeza. Yo quedé muy sorprendido y le dije “pero cuñao, ¿qué pasó?”; y él casi llorando me

dijo “y es que estos hijueputas se comieron a mi hermanito”. Y me contó muy enguayabado que su hermano pequeño se había caído de una embarcación con el río crecido y que esa misma semana un muchacho del puerto pescó unos mapuritos barrigones y cuando los destripó encontró en la barriga de uno un dedito del muchacho.

–Terrible la anécdota, pero hay que tener en cuenta que, finalmente, todos hacemos parte de una cadena de la vida; la vida que come vida, desde los microorganismos hasta los depredadores, es la lógica para mantenernos vivientes. Eso no debe asombrarnos. ¿No me diga que usted no ha consumido uno de esos peces con alguna hambre apremiante o en cualquier escasez? –Lo fustigo de nuevo. Hace una mueca y dice:

- La verdad, alguna vez sí he tenido que comerme alguno por la pura necesidad. La gente dice que quien no sabe todas las vainas que contiene, cree que es un buen pescao pa comer, que se pesca con frecuencia porque ajila con cualquier carnada: lombriz, carne, hasta tripa de pollo, y si la carnada está comenzando a apicharse, ajila mejor. Es que ese bicho tiene un olfato vergatario, como dicen los venezolanos. Es capaz de detectar un animal muerto a leguas entre el agua. No sé si es el olor de la sangre o de la mierda, pero no más usted pone las tripas de algún animal en el agua y ahí están listos pa caerle. A la orilla de todos estos pueblos ribereños, cuando matan ganao y lavan los menudos de las reses, caen los mapuros y hasta los niños saben, y los sacan facilito, hasta con la mano.

–No será mala fama que la gente le hace a un bagrecito inocente, tanto como para pensar en un buen sancocho –afirmo mientras Álvaro hace un gesto de desdén con la mano y contesta contundente:

“Yo, paisano, le cuento que he pescado en estas aguas tranquilas del Orinoco y en las del Amazonas y en los ríos

de por allá como el Putumayo y el Caquetá, agua abajo por el Brasil. Por allá esos bichos son plaga, unos descarnadores, no son tan grandes, pero sí son más agresivos. Por allá sirven de carnada pa pescar valentones y otros bagres tamañudos. Los pescadores a veces matan algún animal y lo dejan dañar y luego lo usan de carnada pa pescarlos, así agarran muchos; por los lados de Leticia los llaman mota... Yo he pescado con aquellos hasta pa mandar en avión, pa venderle a los guates; esos bogotanos sí que los comen con ganas, los ponemos en el puerto a \$6.000 el kilo y pasan sobrados, ellos los comen pensando en el capaz y en otros pescaos parecidos del Magdalena... La vaina ha llegado tan lejos, que una vez le conté a un biólogo, de esos que se la pasan buscando animalitos en vías de extinción pa “proteger” gastándose la plata de los ricos y del gobierno en una tal ONG, que los brasileiros matan las toninas. Los brasileiros las llaman “boto”, y allá hay unos bienes rosaditos: son los mismos delfines rosados. Los jódios pescadores los agarran con los chinchorros, los sacan del agua y los dejan dañar por uno o dos días, luego las amarran dentro del río y ponen una trampa de varitas paradas como un corral. Así agarran a los mapuros, o si no, así no más, en la orillita a pura mano limpia, sacan entre quinientos o mil pescaos que también les dicen “piracatinga”; agarran cientos de kilos con la carroña de una sola tonina. No joda, compa, cuando le conté eso aquel biólogo, casi le da un ataque y dijo: ‘Me voy pa’l Brasil a cuidar de mis delfines’. Bueno, eso de cuidar toninas también es como cuidar tigres, pero se lo explico después, paisano... ¿No será que pedimos otro cafecito?.

—Claro, pidamos otro, pero no creo que usted les tenga bronca a los mapuros porque se coman a los delfines.

—No, en la realidad las toninas son las que comen mapuritos, por eso hasta les agradecería a los mapuritos si pudieran comerse de vez en cuando una tonina. Aquí en el Orinoco

no pasa como en el Amazonas, porque los pescadores no matan toninas, pero ellas han proliferado mucho, son hasta fastidiosas pa' los pescadores, pero la gente las tiene en muchos cuentos que atraen turistas y por eso las aguantamos... Fue que a mí me pasó una vaina, paisano, que esa creo solo me ha tocao a mí. Por eso es que yo les agarré tanto fastidio a los mapuritos. Me tocó contársela pa que caiga en cuenta. Prenda su tabaco y acomódese que ahí le va el rollo.

El negro Álvaro ajusta su cachucha de color indefinido de tan aporreada por el sol. Mientras yo despacho un tabaquito santandereano, él desató su relato mientras gesticula como en una obra de teatro chino a cielo abierto, casi sin respirar:

—Por los años noventa los guerrilleros tenían azotado al pueblo de Cazuarito; en una toma armada de esas, en las que duraron toda la noche echando bala hasta que llegó el avión fantasma a la madrugada siguiente, me tocó vivir una vaina bien arrecha. Yo llegué tarde al puerto en mi lancha, pues venía con el motor medio fallando y me arrimé en el lado de abajo del pueblo, por el lado de don 'Perro de agua'. Apenas había puesto la proa en tierra cuando mire pa'l barranco y vi gente vestida de policía, con uniforme verde, pero me quedé frío cuando los vi que bajaban hacia el río y tenían botas de caucho; dije pa mí: “¡Miércoles...! Estos no son de la poli, sino de la guerrilla”, y en eso suenan unas ráfagas tremendas que venían desde el lado del cuartel de la policía barranco arriba; los guerrillos se resguardaron y yo, como no había amarrado la lancha, me tiré al piso y me escurrí hasta la popa y le hice contrapeso a la lancha que se despegó del puerto y quedó al garete agua abajo mientras echaban plomo tramao pa todos lados. Sentí que los tiros pegaban en el agua cerca de la lancha y me dio mucho miedo que estuvieran disparándome como objetivo pa quedarse con la voladora, porque decían que los

guerrilleros cogían las lanchas pa huir con los heridos. Saqué fuerza de donde pude y me tiré al agua por la popa, y me agarré de la pata del motor, asomando apenas la cabeza pa tomar tantico aire por detrás del espejo de la lancha... No sé cuánto tiempo pasó, pero sentía que la corriente como que no alejaba la lancha del alcance de los tiros, como que la cogió un remolino y la paró como a un corcho. Como pude traté de empujarla desde el agua pa alcanzar el centro del río, pa que fuera hacia al agua mayor, pero qué va, casi que la lancha se quedó detenida como en un pozo muerto y yo pegao de la popa, arrecostado a la pata del motor que al principio sentía caliente y al cabo del tiempo me empezó a dar frío. Sentí que las manos se me arrugaban y que la camiseta me pesaba, entonces me la quité junto con los pantalones y me quedé en calzoncillos, agarrao con una mano que cambiaba de vez en cuando si la otra se me engarrotaba; se me empezó helar el cuerpo y me dio frío, pero ahí yo pensaba: ‘si me meto a la lancha me disparan o si prendo el motor me ubican más rápido por el ruido y me sacuden a plomo, y ese coño de motor está jodido, de pronto no prende y me hace pasar una vaina más grave. ¡No juegue!, mejor me quedo en el agua aboyao en la popa a ver qué pasa.’ En esos pensamientos veía como se me pasaba toda la vida como en una película reflejada en el agua, pero violenta, como cuando pasa un chubasco bien recio. Estando en eso empecé a sentir unos roces por la espalda como de algo reseco como una lija con granitos, y vi de reojo, con los reflejos de las luces que se encendían desde el lado venezolano, como sobre mi espalda blanqueaban como unos diez pejes que se me pegaban a las paletas y al cuello. ¡No joda!, yo pegué un sacudón con la mano que tenía libre y enganché a uno de esos bichos con la mano, y... ¿adivine qué era? Un mapuro que se me había pegado y daba vueltas como en retorcijones pa arrancarme un primer pedazo de cuero de la paleta. Esos bichos se pegan

con su boca-chupa de dientes aserrados y luego se retuercen pa desprender los bocaos de la presa. ¡Qué vaina tan arrecha no joda! Yo lo agarré y lo mandé lejos dentro de la lancha y como impulsado por un caucho me subí de nuevo a bordo. No friegue, dije. ¡Qué me mate un guerrillero a plomo, pero que no me vayan a comer vivo estos hijueputas...! Y me senté en el puesto del patrón y jalé canaleta pa la orilla.

—Uy, qué relato tan tenebroso. Pero ¿por qué se le vinieron encima los mapuritos? ¿Era que usted estaba herido?, ¿o qué pasó ahí?

—No, yo estaba enterito, sin ni un rasguño.

—No entiendo ese comportamiento. Pero no me en-vaine. Pensándolo mejor, eso puede tener otra explicación.

—Pero ¿cuál explicación, compadre? —protestó el negro con los ojos encendidos.

—Que estuviera cagado del susto cuando se zumbó al agua, compadre...



# Calenturas de oro

